

Miguel León-Portilla

La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes

Ángel María Garibay K. (prólogo)

Undécima edición

Ciudad de México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2017

526 p.

Ilustraciones

(Serie Cultura Náhuatl: Monografías, 10)

ISBN 978-607-02-8765-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de marzo de 2017

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/filosofia/nahuatl.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INTRODUCCIÓN

1

CULTURA Y FILOSOFÍA NAHUAS

Gente de variadas actividades en el campo de la cultura eran los nahuas (mexicas, tezcocanos, cholultecas, tlaxcaltecas...), a principios del siglo XVI. Establecidos en diversas fechas en el gran Valle de México y sus alrededores —unidos por el vínculo de la lengua náhuatl o mexicana— habían heredado no sólo muchas de las ideas y tradiciones, sino también algo del espíritu creador de los antiguos toltecas.

Mas conviene recalcar que los mexicas, tan afamados por su grandeza militar y económica, no eran los únicos representantes de la cultura náhuatl durante los siglos XV y XVI. Los mexicas habían sometido a su obediencia a pueblos lejanos, de un mar a otro, llegando hasta Chiapas y Guatemala. Pero a su lado coexistían otros nahuas, independientes de ellos en distinto grado. Unos eran aliados: los de Tlacopan y Tezcoco, donde reinó el célebre Nezahualcóyotl. Otros, aunque también nahuas, eran enemigos; en particular, los señoríos tlaxcaltecas y huexotzincas.

Todos ellos, a pesar de sus diferencias, eran partícipes de una misma cultura. Estaban en deuda con los creadores de Teotihuacan y de Tula. Por sus obvias semejanzas culturales y por hablar una misma lengua, conocida como náhuatl, verdadera *lingua franca* de Mesoamérica, hemos optado por designarlos a todos genéricamente como *los nahuas*. Así, se hablará aquí del pensamiento, el arte, la educación, la historia y, en una palabra, la *cultura náhuatl* como existía en las principales ciudades del mundo náhuatl prehispánico de los siglos XV y XVI.¹

¹ No creemos introducir con esto innovación alguna, sino solamente precisamos cuál es el alcance de nuestras afirmaciones. Parece aún imposible —sobre

Numerosas eran las manifestaciones de arte y cultura en los grandes centros del *renacimiento* náhuatl, principalmente en Tezcoco y Tenochtitlan. Los mismos conquistadores, gente ruda en su mayor parte, se quedaron asombrados, como lo atestiguan los relatos de Hernán Cortés y Bernal Díaz, al contemplar la maravillosa arquitectura de la ciudad lacustre con su gran plaza y sus edificios de cantera, así como al caer en la cuenta de la rígida organización militar, social y religiosa de los mexicas.

Pero otros aspectos menos exteriores de la vida cultural de los nahuas escaparon a la vista de los conquistadores y sólo fueron descubiertos por los primeros frailes misioneros. Principalmente, Andrés de Olmos, Toribio Motolinía, Bernardino de Sahagún, Diego Durán y Jerónimo de Mendieta, movidos por su afán de investigar, penetraron más hondo, hasta encontrarse entre otras muchas cosas con la obra maestra del genio indígena: su cronología. Ayudados por sus conocimientos acerca de ésta, pudieron luego precisar los grandes mitos cosmológicos, base de la religiosidad y del pensamiento náhuatl. Interrogando a los indios viejos, conocieron y pusieron por escrito los discursos y arengas clásicas, los cantares que decían a honra de sus dioses, las antiguas sentencias dadas por los jueces, los dichos y refranes aprendidos en las escuelas: en el *Calmécac* o en el *Telpochcalli*.

Especialmente fray Bernardino de Sahagún, aprovechando los datos allegados por Olmos y los doce primeros frailes venidos a la Nueva España, y creando por sí mismo un nuevo método de investigación histórica, logró reunir en centenares de folios información muy grande recibida de labios de los indios y en lengua náhuatl, que le sirvió de base documental para redactar su *Historia general de las cosas de Nueva España*, genuina enciclopedia del saber náhuatl.

la base de la evidencia documental y arqueológica de que se dispone en la actualidad— intentar un estudio pormenorizado del pensamiento o ideas filosóficas de cada uno de los grupos nahuas en particular. Más tarde, estando ya siquiera medianamente estudiado el pensamiento común a los varios pueblos nahuas a principios del siglo XVI, podrá ensayarse una investigación de la génesis histórica del mismo, desde el tiempo de los toltecas hasta llegar a lo más notorio de cada una de sus últimas formulaciones específicas: tezcocana, tlaxcalteca, mexica, etcétera. En el capítulo VI del presente libro, incluido desde la tercera edición, se ensaya un primer esclarecimiento de lo que pudiera describirse como “evolución del pensamiento náhuatl”.

Después, algunos otros completaron aún más la imagen del mundo náhuatl lograda por Sahagún. Fray Juan de Torquemada, basándose en Mendieta, la enriquece, no obstante sus tediosas digresiones. Juan Bautista Pomar y don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl nos hablan más ampliamente en sus relaciones e historias de la grandeza de Tezcoco; Diego Muñoz Camargo de la historia de Tlaxcala y don Hernando Alvarado Tezozómoc, en sus dos crónicas, la *Mexicana* y la *Mexicáyotl*, de las glorias de México-Tenochtitlan, sus respectivas patrias.

El doctor Alonso de Zorita, oidor de la Real Audiencia, reunió más datos sobre la extraordinaria forma de justicia y derecho reinantes entre los nahuas. Francisco Hernández, médico de Felipe II, complementó la obra de Sahagún por lo que a la antigua botánica y medicina se refiere, y el jesuita José de Acosta allegó, entre otras cosas, interesante información sobre algunas de las características y riquezas naturales del territorio poblado por los nahuas.²

Mucho se ha escrito sobre la base de lo que estos cronistas e investigadores nos dejaron. Por otra parte, los modernos descubrimientos arqueológicos han arrojado también nueva luz. El resultado de todo esto es que hoy nadie duda que hubo entre los pueblos nahuas una maravillosa arquitectura, un arte de la escultura y de la pintura de códices, una ciencia del tiempo expresada en sus dos calendarios, una complicada religión y un derecho justo y severo, un comercio organizado, un poderoso grupo guerrero y un sistema educativo, un conocimiento de la botánica con fines curativos y, en resumen, una cultura de aquellas pocas de las que, como dice Jacques Soustelle, “puede estar orgullosa la humanidad de ser creadora”.³

Hay, sin embargo, dos puntos en la cultura náhuatl que por mucho tiempo quedaron del todo olvidados, no obstante su fundamental importancia. Nos referimos a la existencia de una literatura y de un pensamiento filosófico entre los nahuas.

La existencia de genuinas obras literarias en lengua náhuatl es actualmente un hecho comprobado y conocido, gracias princi-

² En la bibliografía que va al final de este trabajo se indican los títulos completos de las obras de cada uno de los cronistas y primeros historiadores mencionados.

³ Jacques Soustelle, *La vie quotidienne des aztèques à la veille de la conquête espagnole*, Paris, Librairie Hachette, 1955, p. 275.

palmente a los pacientes estudios del sabio nahuatlato doctor Ángel María Garibay K., quien ha dado a conocer algunos de los mejores y más representativos ejemplos de esta literatura. Y no es necesario exponer aquí la forma como dichas composiciones llegaron hasta nosotros en su idioma y forma original, ya que el mismo doctor Garibay se ocupa detenidamente de esto en su *Historia de la literatura náhuatl*, obra fundamental y punto de partida para toda investigación sobre este tema.⁴ A las aportaciones de Garibay han seguido otras, cada vez más numerosas, publicadas con versiones a otras lenguas. Asimismo son objeto de atención las creaciones literarias en náhuatl de tiempos posteriores, incluso las que se producen en la época colonial y en la del México independiente.

Resuelta así afirmativamente la cuestión acerca de la literatura, quedaba aún por dilucidarse el otro punto: ¿hubo un saber filosófico entre los nahuas? o, dicho en otras palabras, ¿hubo entre ellos, además de su cosmovisión mítico-religiosa, ese tipo de inquietud humana, fruto de la admiración y de la duda, que mueve a preguntar e inquirir racionalmente sobre el origen, el ser y el destino del mundo y del hombre?

Sabemos por los estudios que se han hecho sobre el origen de la filosofía griega que bien puede afirmarse que la historia de ésta no es sino “el proceso de progresiva racionalización de la concepción religiosa del mundo implícita en los mitos”.⁵ Y nótese que para que exista la filosofía no es necesario que hayan desaparecido los mitos, pues, como afirma el mismo Jaeger, “auténtica mitogonía hallamos todavía en el centro de la filosofía de Platón o en la concepción aristotélica del amor de las cosas por el motor inmóvil del mundo”.⁶

Cabe pues interrogarnos, poniendo nuestra pregunta en los términos empleados por Jaeger: ¿había comenzado entre los nahuas del periodo anterior a la Conquista ese proceso de progresiva racionalización de su concepción mítico-religiosa del mundo? ¿Había hecho su aparición entre ellos ese tipo de inquietud que lleva,

⁴ Ángel María Garibay K., *Historia de la literatura náhuatl*, 2 v., México, Editorial Porrúa, 1953-1954.

⁵ Werner Jaeger, *Paideia. Los ideales de la cultura griega*, 3 v., México, Fondo de Cultura Económica, 1942-1945, t. I., p. 173.

⁶ *Ibid.*, p. 172-173.

a través de la admiración y la duda, al inquirir estrictamente racional que llamamos filosofía?

Quien haya leído los himnos y cantares nahuas presentados por Garibay en los capítulos que dedica a la poesía lírica y religiosa en su *Historia de la literatura náhuatl* tendrá que aceptar que en varios de ellos aparecen atisbos e inquietudes acerca de los temas y problemas que más hondamente pueden preocupar al hombre. Podríamos decir que allí, como acertadamente ha escrito a otro respecto Irwin Edman, “el poeta es un comentarador de la vida y la existencia; en su manera inmediata e imaginativa es un filósofo”.⁷

Sucedió con los nahuas algo semejante a lo acontecido entre los griegos, donde fueron precisamente los poetas líricos los que empezaron a tomar conciencia de los grandes problemas que rodean la comprensión del mundo y del hombre. Ahora bien, si hubo entre los nahuas quienes vieron problemas en aquello que los demás obviamente vivían y aceptaban, puede decirse que esos “descubridores de problemas” acerca del mundo y del hombre habían encontrado el camino del saber filosófico, lo cual no es querer atribuir anacrónicamente a los antiguos mexicanos clara conciencia de la diferencia entre los objetivos formales de la filosofía y de las otras formas del saber científico, religioso y de intuición artística. Tal delimitación de campos es, en sentido estricto, obra del pensamiento occidental moderno. No la conocieron ciertamente los filósofos jonios, ni los sabios indostánicos, ni siquiera muchos de los doctores medievales para quienes ciencia, filosofía y aun teología se unificaban.

Sin pretender por tanto hallar tampoco entre los nahuas una radical diversificación en sus varias formas de saber, pero atraídos por esos que hemos llamado atisbos racionales e inquietudes manifiestos en la poesía náhuatl, tanto lírica como religiosa, decidimos continuar la búsqueda en pos de más claros vestigios de lo que hoy podemos llamar un saber filosófico, con el mismo fundamento con que Aldous Huxley designó como filosofía perenne y auténtica a todos esos textos en los que los más penetrantes atisbos del pensamiento humano han encontrado su expresión:

⁷ Irwin Edman, *Arts and the man*, New York, The New American Library, 1949, p. 113.

En los Vedanta, en los profetas hebreos, en el Tao Teh King, en los diálogos platónicos, en el Evangelio según San Juan, en la teología Mahayana, en Plotino y el Areopagita, en los Sufitas persas, en los místicos cristianos de la Edad Media y del Renacimiento, la Filosofía perenne ha hablado casi todas las lenguas de Asia y Europa y se ha servido de la terminología y de las tradiciones de cada una de las religiones más elevadas. Mas por debajo de toda esta confusión de lenguas y mitos, de historias locales y doctrinas particularistas, queda un factor común más elevado que constituye la Filosofía perenne en lo que pudiera llamarse su estado químicamente puro.⁸

Pues bien, si ese tipo de filosofar profundamente humano de que habla Huxley existió también entre los antiguos mexicanos, es indudable que sus ideas no podrán reconstruirse a base de hipótesis o fantasías. En una materia tan delicada como la filosofía, en la que, aun contando con abundancia de textos, suelen quedar no pocas oscuridades de interpretación y sentido, sería pueril penetrar sin contar con fuentes directas de auténtico valor histórico. Por fortuna, la búsqueda y la consulta nos han revelado que las fuentes para estudiar el pensamiento náhuatl existen, si no en la abundancia que todos quisiéramos, sí por lo menos en una proporción suficiente para lo que aquí se pretende. A continuación las presentamos tomando en cuenta la importancia de cada una, tanto por razón de su antigüedad, como por su valor informativo.

Sólo queremos recalcar, para obviar desde luego un posible mal entendido, que estas fuentes muestran básicamente cuál fue el pensamiento de los nahuas del periodo inmediatamente anterior a la Conquista. O sea, sus varias doctrinas, tal como debieron ser enseñadas en sus centros de educación superior (*Calmécac*), hacia mediados del siglo xv y principios del xvi.

En este sentido podemos afirmar que la presentación que haremos de los problemas concebidos por los sabios prehispánicos, así como sus ideas acerca del universo, de la divinidad y del hombre, reflejan lo que fue su pensamiento filosófico en vigencia al menos durante los 50 o 60 años que precedieron a la llegada de los con-

⁸ Aldous Huxley, *Introduction to The Song of God, Bhagavad-Gita*, The New American Library, 1954, p. 11-12.

quistadores españoles. Pero, como en los mismos textos que se conservan se alude frecuentemente al origen mucho más antiguo de determinadas doctrinas, hemos creído conveniente ocuparnos del que puede llamarse “problema de los orígenes y la evolución del pensamiento náhuatl prehispánico”. De esto trataremos en el capítulo VI de este libro.

De cualquier manera, dejaremos asentado que, si las cronologías y monumentos arqueológicos pueden llevarnos a épocas bastante alejadas en lo que toca a hechos históricos y aun religiosos, sólo parcialmente pueden hacerlo por lo que se refiere a preocupaciones e ideas meramente abstractas. De allí que es menester repetir que las fuentes que a continuación se valoran abrirán principalmente el camino para el estudio de las formas de pensamiento que florecieron en los días de los mexicas.